

El traje del Emperador

Érase una vez un Emperador muy vanidoso a quien le encantaban los finos ropajes. Gastaba la mayor parte de su tiempo y mucho dinero en espléndidos trajes nuevos mientras descuidaba por completo los asuntos de su gobierno.

Un día llegaron a la ciudad dos estafadores y decidieron sacar partido de la afición exagerada del Emperador.

–Tengo un plan con el que pronto nos volveremos ricos –dijo uno de ellos.

Como las puertas del palacio estaban abiertas para los tejedores y sastres de todos los rincones de la Tierra, en poco tiempo los dos pícaros tuvieron audiencia con el Emperador.

–Somos tejedores de un país muy lejano y fabricamos la tela más hermosa que se pueda imaginar, Su Excelencia. Los colores son majestuosos y el diseño es inigualable. Esta tela –continuaron diciendo–, tiene la propiedad de ser invisible para todo aquel que sea tonto y no esté a la altura de su puesto.

“Una tela así me sería muy útil –pensó el Emperador–. Así podré saber cuáles de mis ministros no están a la altura de sus cargos”. Sin pensar más, el Emperador le ordenó a su Primer Ministro entregarles el dinero necesario, así como la seda y los hilos de oro, para que empezaran el trabajo de inmediato.

Los falsos tejedores pusieron manos a la obra y cada vez que alguien iba a verlos, fingían trabajar arduamente. Por supuesto, no estaban tejiendo nada. Todos los días escondían un poco de seda y de hilos de oro, y se pasaban el tiempo comiendo y bebiendo.

Entretanto, el Emperador se deleitaba imaginando su maravilloso traje nuevo. “Me pregunto cómo irá el trabajo de esos tejedores” –pensaba–. No estaba muy seguro de ir a ver la tela por sí mismo, pues lo inquietaban sus poderes mágicos...

–¡Ya sé! –exclamó el Emperador–. Enviaré a mi Primer Ministro. No es ningún tonto y está a la altura de su cargo: la tela no será invisible para él.

El Emperador lo mandó llamar y le pidió un reporte detallado sobre la elaboración de la tela. El Primer Ministro, que era un hombre sensato, decidió ir solo a supervisar el trabajo de los tejedores.

–No soy estúpido y sé muy bien que soy apto para mi cargo, pero es mejor tomar precauciones.

Los bandidos lo recibieron muy amablemente. Mientras uno de ellos levantaba los brazos en el aire, como si estuviera sosteniendo la tela, y hablaba de sus magníficos colores, el otro movía las manos sobre el telar fingiendo entrelazar los hilos. El ministro, lógicamente, no veía nada.

–¿Me habré vuelto estúpido? –se preguntó preocupado. Después de pensar un tiempo, regresó al palacio.

–Su Excelencia –dijo en tono solemne–. Jamás he visto nada igual.

–¡Pues dime cómo es! –preguntó impaciente el Emperador.

–Su Excelencia... los colores son exquisitos, como un hermoso atardecer: azul, rosado, malva y dorado. El diseño es muy elaborado... como un jardín, con delicadas flores, árboles majestuosos y límpidos arroyos. ¡Estoy sorprendido de la habilidad de esos tejedores!

Al cabo de unos días, los embaucadores le pidieron más dinero al Primer Ministro. En el fondo de su corazón, él sabía que algo no andaba bien, pero le daba temor confesar que no veía la tela. Así pues, accedió a enviarles más dinero.

Una semana después, el Emperador decidió ir a ver la tela con sus propios ojos. Los truhanes lo recibieron con grandes reverencias. El Emperador no salía de su asombro: ¡solo veía los telares vacíos!

–Toque esta tela, Su Excelencia, es de una suavidad y una delicadeza indescriptibles.
–Mmm... sí, claro, claro, muy suave –respondió disimulando su angustia–. Es un trabajo absolutamente maravilloso.

El día de la prueba del traje llegó por fin. El Emperador, rodeado de sus colaboradores más cercanos, quitose sus prendas y los simuladores fingieron ponerle las diversas piezas del traje nuevo. Luego hicieron como si le atasen algo, la cola seguramente, y el monarca comenzó a dar vueltas ante el espejo.

–¡Dios, y qué bien le sienta, le va estupendamente! –exclamaban todos–. ¡Vaya dibujo y vaya colores! ¡Su Excelencia debería lucir este traje en la procesión de mañana! –dijo alguien.

–¿Me veo bien? –preguntaba con nerviosismo el Emperador, al tiempo que se miraba en el espejo.

–¡Oh, sí, Su Excelencia! –todos exclamaban, con una sonrisa de oreja a oreja.

Al día siguiente, el Emperador desfiló por toda la ciudad. Muchos comentaban con admiración la delicadeza y vistosidad de las prendas mientras que otros permanecían callados. Nadie quería pasar por tonto. De repente, un niño gritó:

–¡Pero si el Emperador está desnudo!

Todo el mundo empezó a reírse a carcajadas. El Emperador se sentía muy avergonzado, pues sabía que la gente tenía razón. A pesar de todo, siguió caminando con la cabeza muy erguida, resuelto a no admitir en público su estupidez.

Por su parte, los astutos estafadores disfrutaron durante muchos años la inmensa fortuna que habían ganado, gracias a todos los tontos que no quisieron pasar por tales.